

Del País



La autora, abogada y psicoterapeuta, fija claramente su posición sobre la violación de Leslie Stewart y emplaza a los medios de comunicación en general a que dejen de 'maltratar' el caso y abandonen los estereotipos que impiden entender el drama que hay tras una práctica tan terrible como frecuente (la violación sexual) y en la que suele primar la impunidad.

Violación es violación

pilar
aguilar

Hace un par de semanas los diarios publicaron la denuncia de Leslie Stewart de que había sido violada a la salida de una discoteca del sur.

La denuncia fue recibida con escepticismo por la mayoría de los medios que, además, trataron el tema de manera sensacionalista y sin la menor intención de aprovechar esta circunstancia para hacer una reflexión crítica sobre un tema tan sensible (con la excepción de Aldo Vela de *Somos*).

La República, que recogió la noticia con seriedad y hasta aceptó como cierta la denuncia de la actriz, no dejó de recordarnos que había comenzado su carrera haciendo un desnudo y que concurría con frecuencia a las discotecas en las que, bien se sabe, se cometen excesos varios. Ocurrir, pues, que para ser una "víctima apropiada" de violación se debe tener una "conducta

intachable". Por eso, en los procesos judiciales de mujeres adultas con experiencia sexual su conducta pasa a formar parte del objeto del proceso y rara vez se consigue justicia. No en vano, hasta hace relativamente poco algunos códigos penales no consideraban la posibilidad de violación si la mujer no era virgen.

Por otro lado, se exige de las mujeres una resistencia heroica a la violación. Las ex alumnas de colegios religiosos recordamos bien a María Goretti, una joven que defendió la virginidad con la vida y fue premiada por la Iglesia con la santidad. Si no hay huellas de lucha se entiende que hubo consentimiento y hasta disfrute. En una sentencia que produjo reacciones en el mundo entero, un juez italiano desestimó la denuncia de violación de una joven de diecinueve años porque en el momento de los hechos usaba *jeans*. El magistrado consideró que por el grado

de dificultad que implicaba sacárselos, el violador había contado con la complicidad de la agraviada (véase <www.let.uu.nl/spaans/hometraîner/jeans.htm>).

Llama la atención que los versados y versátiles editoriales y columnistas de los principales medios, que comúnmente opinan sobre todo, no se pronunciaran sobre el tema. No digo sobre el caso de Stewart, que tuvo la valentía de denunciar y que, gracias a su popularidad, logró amplia cobertura, sino a un asunto que, en tanto que daña y hasta mata cada día a cientos de mujeres en el mundo, debería causar escándalo y sin embargo queda relegado a las páginas de policiales, cuando no es simplemente silenciado.

El silencio social que acompaña a la violación, la falta de credibilidad en la palabra de la mujer, debe ser interpretada como una defensa contra un asunto que nos agrede y nos compromete

de tal manera que queremos alejarlo para no tener que pensar en él. Por eso precisamente se minimiza, se niega y hasta se justifica. Los mitos sobre la violencia en general y la violencia sexual en particular cumplen esta función: las mujeres son las que provocan, las mujeres dicen que no cuando quieren decir que sí, en realidad se relajan y disfrutan, etcétera. El problema se reduce a un asunto de patologías individuales, al instinto irrefrenable del varón, al consumo de alcohol y drogas, etcétera.

Ha sido el movimiento feminista mundial el que, en la segunda mitad del siglo XX, conceptualizó la violencia contra las mujeres como un desbalance de poder entre hombres y mujeres, y la conectó con la situación de subordinación que ocupan las mujeres en la organización "patriarcal" de todas las sociedades. Ha definido la violación como un delito "no tanto de lujuria, como de deseo de poder y control".

Según Castells: "El código patriarcal, como forma de entender las relaciones entre hombres y mujeres, no ha desaparecido y tiene aún un vigor considerable entre buena parte de la población mundial. Aunque está perdiendo terreno, todavía tiene vigencia en buena parte de las sociedades conocidas y emerge en forma de comportamientos que nos parecen irracionales. Creemos que los comportamientos de violencia son los coletazos del patriarcado que se muestra como un sistema de dominación que se

resiste a desaparecer. Incluso hay quien considera que la violencia se acrecienta por esta resistencia: la violencia interpersonal y el maltrato psicológico se generalizan debido precisamente a la ira de los hombres, individual y colectiva, por su pérdida de poder".

Las teóricas del feminismo señalan a la violencia, aun aquella que aparece como una amenaza o como posibilidad latente, como un recurso para el mantenimiento del sistema patriarcal. De acuerdo con Mollet (1995): "La sociedad patriarcal ejercería un control insuficiente,

El silencio social que acompaña a la violación, la falta de credibilidad en la palabra de la mujer, debe ser interpretada como una defensa contra un asunto que nos agrede.

e incluso ineficaz, de no contar con el apoyo de la fuerza, que no solo constituye una medida de emergencia, sino también un instrumento de intimidación constante".

En el caso de la violación se señala que no es necesario que todos los hombres violen para el mantenimiento del control masculino. En el contexto social de las relaciones de poder, la sola amenaza permanente de una eventual violación es percibida como un proceso de intimidación a través del cual se

mantiene el control social de las mujeres.

La violación, como el feminicidio, deben entenderse más como el extremo de un comportamiento continuo que en este caso va desde las agresiones verbales, el hostigamiento, la coerción y, por último, la violación, que como un tipo de actividad aberrante consecuencia de un impulso irrefrenable. Se apoya en las condiciones de ventaja e impunidad que le garantiza el patriarcado.

Existe consenso entre quienes trabajan el tema sobre que, independientemente de la satisfacción del apetito sexual del agresor, se trata de una forma de violencia en la que lo preponderante es el ejercicio del poder y la dominación sobre la víctima.

El tema del desequilibrio de poder entre hombres y mujeres es un asunto escandaloso en las sociedades musulmanas, por ejemplo, pero muy difícil de entender y de explicar en las sociedades occidentales, donde el movimiento de mujeres ha logrado cambios enormemente significativos. Las desigualdades legales prácticamente han desaparecido, las mujeres votamos y vamos a la universidad; siempre hay aunque sea una en los gabinetes, y en otros países unas cuantas han llegado a ser incluso presidentas. En los sectores menos favorecidos de mujeres tal vez haya que volver a los espacios privados y las subjetividades para buscar y evidenciar las desigualdades y razones más profundas que expliquen la subordinación y la violencia. ■